



Gestión Turística

ISSN: 0717-1811

gestionturistica@uach.cl

Universidad Austral de Chile

Chile

Cortez Ahumada, Abel

DISPUTAS POR LA PLAYA. TURISMO, SOCIEDAD Y VIOLENCIA SIMBÓLICA EN LOS
INICIOS DE LA MASIFICACIÓN SOCIAL DEL BALNEARIO DE CARTAGENA, 1930-
1960

Gestión Turística, núm. 21, enero-junio, 2014, pp. 33-59

Universidad Austral de Chile

Valdivia, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=223353233003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

DISPUTAS POR LA PLAYA. TURISMO, SOCIEDAD Y VIOLENCIA SIMBÓLICA EN LOS INICIOS DE LA MASIFICACIÓN SOCIAL DEL BALNEARIO DE CARTAGENA, 1930-1960

Abel Cortez Ahumada¹

Coordinador de la Línea de Patrimonio
Centro de Investigación en Turismo y Patrimonio

RESUMEN

En el presente artículo abordaremos una de las múltiples dimensiones que adquiere la historia del turismo en Chile, en la perspectiva de la constitución y diversificación social de las prácticas turísticas en los balnearios, y las relaciones entre los diversos grupos sociales presentes en el periodo estival. La metodología utilizada se soporta en las técnicas cualitativas de recolección de datos, en específico, de entrevistas abiertas que permitieron la reconstrucción histórica de las relaciones social. Analizaremos las formas que adquirió la imposición del orden social ejercida desde las prácticas y usos de las playas en el balneario de Cartagena entre los años 1930-1960. En el marco de los resultados, se identificaron tres grupos mayoritarios: los propietarios estivales (la elite fundadora), los grupos obreros (excursionistas o turistas de fin de semana); y los residentes permanentes (sectores populares de origen local); contexto en el cual la elite fundacional del balneario, con el apoyo de los residentes permanentes, ante la llegada de obreros gracias al ferrocarril, imponen en términos de violencia simbólica, a través de variados mecanismos, el acceso exclusivo a la mejor playa del balneario, relegando a los grupos obreros a una playa más lejana.

Palabras clave: Cartagena, historia del turismo, violencia simbólica, playa.

¹ Doctor (c) En Historia, PUCV; Magíster en Estudios Culturales Latinoamericanos, U. Chile; Magíster (c) en Ciencias Sociales, U. Chile. Licenciado en Historia, U. Chile.

DISPUTES FOR THE BEACH. TOURISM, SOCIETY AND SYMBOLIC VIOLENCE IN THE BEGINNINGS OF SOCIAL MASSIFICATION IN CARTAGENA, 1930-1960

ABSTRACT

This article addresses one of the multiple dimensions to examine the history of tourism in Chile, in the perspective of the constitution and social diversification of tourism practices in coastal tourism areas, as well as the relationships between different social groups in these areas during summer season. The methodology is supported by qualitative data collection techniques, specifically open interviews, which allowed the historical reconstruction of social relationships. The paper examines the ways in which social order was imposed from practices and uses in Cartagena beach, Chile, between 1930 and 1960. In the results, three major groups were identified: the summer season owners (the founder elite), workers groups (hikers or tourists weekend); and permanent residents (popular sectors of local origin). The results also show the context in which the founder elite, supported by permanent residents before the arrival of workers, imposed by different mechanisms the idea of an exclusive access to the best beach resort and relegated labor groups to a further away located beach.

Key words: Cartagena, History of tourism, symbolic violence, beach.

1. INTRODUCCIÓN

En el presente artículo abordaremos una de las múltiples dimensiones que adquiere la historia del turismo en Chile, en la perspectiva de la constitución y diversificación social de las prácticas turísticas en los balnearios, y las relaciones entre los diversos grupos sociales presentes en el destino en el periodo estival. En este caso específico, analizaremos las formas que adquiere la imposición del orden social ejercida desde las prácticas y usos de las playas en el balneario de Cartagena entre los años 1930-1960, en los tres grupos sociales mayoritarios presentes en el verano: los propietarios estivales (la elite fundadora), los grupos obreros (excursionistas o turistas de fin de semana); y los residentes permanentes (sectores populares de origen local).

Este problema de investigación surge en base a estudios históricos y patrimoniales que el autor ha realizado sobre este balneario y de otro cercano, Las Cruces, que es parte de la bahía extensa en que se inscribe Cartagena (CITYP-PUCV 2015; U. Central 2010).

Los objetivos que la investigación persigue son los siguientes: a) identificar los grupos sociales presentes en Cartagena, cuando el balneario comienza un proceso de diversificación social; b) estudiar las relaciones sociales que se generan entre los diversos grupos, sobre el uso de los atractivos turísticos, en específico de las playas; c) analizar las estrategias sociales que despliega la elite, como grupo social fundador del balneario, como reacción a la llegada de nuevos turistas de sectores populares de Santiago.

Estos objetivos de investigación cobran especial relevancia en las décadas planteadas en el estudio, 1930-1960, momento en el cual Cartagena, balneario tradicional y de elite, experimentó la llegada progresiva y permanente, gracias al ferrocarril, de sectores obreros que por el día (excursionistas) o por el fin de semana, fueron copando playas y espacios públicos, generando tensiones y conflictos, que al final del periodo y en las décadas posteriores culminó en una conversión social del balneario. Utilizaremos, a modo de caja de herramientas que Foucault proponía, el concepto teórico de violencia simbólica en el marco que lo plantean Bourdieu y Zizek, para contar con un soporte conceptual para describir e interpretar las formas en que la elite ejerce su poder sobre la playa.

1.1) Historia del Turismo e Historia Social en Chile.

En Chile, y en general en América Latina, hay un campo abierto respecto de los estudios sobre la historia del turismo. Países como Argentina han destacado en sus primeras contribuciones, iniciando varias perspectivas de análisis y temas, destacando los asociados a la geografía histórica de la configuración territorial y urbana de los destinos, en específico de balnearios, donde se han destacado los trabajos sobre

Mar del Plata (Pastoriza, 2002; Mantobani, 1997); y una perspectiva de la historia social, donde se problematizan la cultura, la sociabilidad de las prácticas turísticas (Roldán 2009) y la democratización social del turismo (Pastoriza, 2011). Aunque aún no forman un campo consolidado, estos aportes multidisciplinarios en dicho país, comienzan a abrir espacio para los estudios de la historia del turismo, en sus diversas dimensiones y de los cuales se pueden encontrar relaciones para Chile.

En nuestro país, por el contrario, se han realizado aislados y discontinuos esfuerzos de historiografía del turismo, focalizando su atención, por un lado, en la historia de la institucionalidad turística (Barros, 1987), y, por otro, de la evolución de la tipología de los destinos (Canihuante, 2005). En otro esquema de estudio, se han abordado los casos de Valparaíso y Viña del Mar, pero con un enfoque adscrito específicamente a la historia urbana, con muy buenos resultados, pero en un eje de análisis distinto, que en Chile posee gran tradición y consolidación (Booth, 2002; Cáceres, Sabatini & Both, 2002).

En general, la historia del turismo en Chile es un campo abierto por la ausencia de estudios e investigaciones sistemáticas en perspectiva historiográfica. Cuestión que podría estar motivada por el hecho de que el turismo, como objeto de análisis académico, es relativamente reciente, y los estudios sobre la temática se han enfocado en los problemas ligados al desarrollo actual y proyectivo del turismo, y no de la comprensión de su evolución histórica. A su vez, los historiadores profesionales no han prestado gran interés en el ámbito del turismo, y han desarrollado otros campos y temas como la historia social o de la cultura. Estas y otras razones, nos entregan un panorama que da como resultado un gran desconocimiento de los procesos históricos del turismo, pudiendo analizar temas tan relevantes como por ejemplo, la constitución social de los balnearios, la historia de las termas, el surgimiento del turismo cultural, rural y de naturaleza, la evolución de la institucionalidad pública, la emergencia de los gremios privados, las características de las gestiones, entre tantos otros.

Esta ausencia de estudios históricos se vuelve aún más paradójica ya que se da en el contexto de una disponibilidad de fuentes históricas de diverso tipo, desde fines del siglo XIX (documentos del Estado, revistas y folletos de promoción, prensa, mapas, estudios, etc.), lo que posibilitaría gran cantidad de investigaciones con diversos enfoques. La importancia que actualmente va adquiriendo el turismo en el desarrollo cultural y económico del país, requiere que se generen programas de investigación histórica que aborden las diversas dimensiones que la actividad turística conlleva, como sus impactos en el resto de los ámbitos de la vida social, contribuyendo a generar insumos para la reflexión sobre la actividad turística en el presente y sus proyecciones futuras.

El presente trabajo espera realizar un aporte en este proceso de investigación histórica del turismo en una dimensión que además, ha sido poco estudiada y relevada en los ámbitos

de los profesionales y académicos de la especialidad en el contexto chileno. En efecto, se tiende a pensar que la masificación y ampliación social progresiva del turismo y en específico de los balnearios, se dio como un proceso evolutivo acumulativo y continuo, sin inconvenientes ni conflictos entre los grupos que interactuaban. Esta historia de las prácticas y relaciones sociales en los espacios turísticos es un tema que presenta un vacío general tanto en la historia específica del turismo (poco desarrollada como vimos), y también en la historia social (de amplio desarrollo, pero de nula atención sobre el turismo).

Es probable que, para algunos especialistas del turismo, el presente texto los sitúe es una entrada no habitual a la especificidad de sus temas. Sin embargo, los problemas de investigación historiográfica del turismo, por las diversas dimensiones que envuelven, requieren de enfoques interdisciplinarios que implican abrirse a nuevos esquemas y campos de interpretación, cuestión por la cual encontramos pertinente y necesaria la inclusión de este trabajo en un ámbito especializado del turismo.

La historiografía del turismo debe hacerse parte de los avances que ha tenido la historiografía en general, y para este estudio, de la historia social en particular. La historiografía en general ha hecho grandes aportes en el conocimiento de la sociedad, de sus clases y grupos. Si realizamos un análisis de los principales temas tratados en el siglo XIX, los historiadores se centraron en grandes los sucesos políticos del Estado y en las elites como los grandes protagonistas de esos acontecimientos. Sin embargo, gracias al aporte de miradas más colectivas sobre la conformación de la sociedad y, sobre todo, al influjo del marxismo como teoría social e historiográfica en las primeras décadas del siglo XX, los actores colectivos y los grandes sectores sociales (populares) emergen como temas de investigación historiográfica (Aguirre, 2004: 51). En un primer momento, los estudios se centraron en los movimientos revolucionarios, la historia de la clase obrera y sus organizaciones, etc. (Moradiellos, 2009: 200). Pero también, un poco después, surgen estudios de las actitudes colectivas, de mentalidades, de la cultura popular, analizando cómo se han conformado cultural y simbólicamente prácticas y representaciones de los sectores que constituyen la mayoría de la población (Revel, 2005: 106). Hacia las décadas de 1970 y 1980, se fortalecieron y ampliaron nuevas perspectivas de estudio, como las sociabilidades, la violencia social, la historia demográfica y social de la familia, los trayectos identitarios de sectores populares, tanto en lo que se denominaban las sociedades tradicionales y modernas, como en espacios rurales y urbanos (Burke, 1993). La idea era ver a estos sectores en sus dinámicas propias, tanto desde la perspectiva de la trasgresión, la dominación o la marginalidad, como también desde la afirmación de su vida social (Salazar, 1985).

Sin embargo, la historiografía chilena no ha prestado gran atención a las relaciones entre estos grupos (o clases) en espacios turísticos. Más bien, son estudios de relaciones políticas, económicas, imposiciones tributarias, incluso judiciales, de las elites sobre los sectores populares. No obstante, en los últimos años se ha avanzado en explorar y

estudiar estas relaciones sociales y de poder en espacios distintos, como la familia, la comunidad, las asociaciones, etc., no se ha realizado ningún estudio desde el ámbito de las interacciones menos directas, pero no por ello menos críticas y conflictivas, de la violencia simbólica y la cultura en la constitución y masificación social de los lugares turísticos.

Las relaciones sociales entre las elites y los sectores populares en lugares como los balnearios, pone en contexto las diversas formas que adquiere la desigualdad social estructural en Chile. Este caso nos permite conocer cómo las elites que fundaron el balneario restringen socialmente el acceso a la mejor playa, cuando se inicia el proceso de masificación social de Cartagena, excluyendo de su uso a los sectores populares que llegaban desde el ferrocarril.

Este trabajo pone en evidencia que no obstante la estructura política y económica del país tiende a mayores niveles de redistribución socio-política hacia sectores cada vez más amplios de la sociedad, correlativa a la ampliación de los derechos laborales y políticos de los sectores populares, en el ámbito de los espacios de sociabilidad y las áreas menos reguladas de la recreación social y del acceso turístico a los balnearios, las exclusiones sociales seguían operando.

2. METODOLOGÍA Y CASO DE ESTUDIO

Este problema de investigación surge como subproducto de investigaciones históricas y patrimoniales que el autor desarrolló sobre Cartagena. Aplicando entrevistas a adultos mayores con el objetivo de recabar información de la historia del balneario y su evolución turística, éstos referían en distintos tonos (unos más crudos, otros más matizados), las diversas formas de uso de las playas, y las implicancias sociales e intersubjetivas que ellas generaban.

2.1) Metodología

El enfoque cualitativo busca conocer y comprender los significados que le asignan los sujetos y grupos a su vida, sus relaciones y acciones en el mundo social, entrada que se hacía pertinente a nuestros objetivos de investigación. Busca conocer el orden interno de los significados y discursos que se despliegan por un observador que está siendo observado: “Todas las técnicas cualitativas trabajan en ese mismo lugar como disposición a observar el esquema observador del investigado”. (Canales, 2006: 19). Así emergen los sentidos y significados que la totalidad compleja de los sujetos, conectada con otros/as, produce sobre lo social, ubicándolo en un espacio de representaciones plurales y prácticas múltiples estructuralmente mediadas.

La pertinencia de este enfoque es que permite conocer las representaciones de un colectivo, las percepciones que los sujetos despliegan sobre el mundo social y su historia.

Esta parte del mundo de lo social no puede ser indagado por metodologías cuantitativas o técnicas estadísticas (Geyser, 2001: 215), porque no es posible establecer magnitudes, ni promedios, ni establecer leyes que hablen de los significados. Puesto que se busca conocer la naturaleza de un fenómeno, sus dinámicas internas, los significados sociales atribuidos a representaciones y prácticas, éstas deben ser aprehendidas desde entradas que hagan dialogar y expresarse un habla latente o explícita, sobre ciertos temas y problemas. El enfoque cualitativo hace emerger los sentidos que los sujetos le otorgan a la realidad social y sus conductas, lo que hace de este enfoque una estrategia insustituible para complejizar la mirada sobre lo social y conocer los órdenes sociales internos, que surgen desde los sujetos en condiciones contextuales específicas.

Esta estrategia metodológica se hace pertinente puesto que el problema de investigación surge no desde los documentos escritos, sino desde las propias voces y relatos de la comunidad, de aquellas personas que vivieron el proceso de evolución histórica del balneario como espacio turístico y de las relaciones sociales que en ese marco se produjeron.

Los registros de historia oral vía entrevistas poseen la potencialidad de descubrir las imposiciones sociales y los actos de violencia simbólica en la tenue realidad de las representaciones y memorias, en los gestos y actitudes de aquellos que la vivieron, la vieron o la escucharon. Como la violencia simbólica se invisibiliza, el propósito de esta investigación es hacerla emerger desde las voces de aquellos sujetos que la vivieron o reprodujeron, situaciones y experiencias que no quedan reflejadas de forma escrita en documentos. Es por ello que se nos hace pertinente la construcción de fuentes de información a través de la recopilación de relatos a través de entrevistas abiertas, que permitan la fluidez de las voces para aproximarnos a esos problemas complejos que implican emotividades y referencias personales, memorias que en ese plano de las desigualdades sociales en el algunos casos por primera vez emergían.

Las técnicas cualitativas de recolección de datos que usamos para esta investigación fue la aplicación de entrevistas abiertas, para la reconstrucción histórica de las relaciones sociales. Las entrevistas en profundidad o abiertas, para este estudio nos dieron la ventaja puesto que permitieron la apertura a la exploración de los significados consignados por los sujetos. El registro se abre hacia historias y trayectos personales, indagación de eventos o sucesos, de manera que queden impresas las dinámicas internas, emergiendo sentidos y significados que el sujeto actualiza, desenvolviéndose -potencialmente- en toda su magnitud. No obstante, las críticas que pueden hacerse a la técnica de entrevista abierta, de la mano de su nivel casuístico y de bajo nivel de categorización, para los objetivos de esta investigación (exploratoria-descriptiva) resulta efectiva en tanto permite representarnos aquél juego de relaciones y tensiones del periodo.

Aplicamos estas entrevistas a adultos mayores que pertenecían al grupo que denominamos residentes permanentes. No obstante ser abiertas, las entrevistas se situaban en cierto contexto de ideas y búsquedas vinculadas a nuestros objetivos de investigación. Luego de su aplicación, se procedió a su transcripción, sistematización y análisis teniendo como ejes de la construcción de los resultados los objetivos ya mencionados: a) identificar los grupos sociales presentes en Cartagena, cuando el balneario comienza un proceso de diversificación social; b) estudiar las relaciones sociales que se generan entre los diversos grupos, sobre el uso de los atractivos turísticos, en específico de las playas; c) analizar las estrategias sociales que despliega la elite, como grupo social fundador del balneario, como reacción a la llegada de nuevos turistas de sectores populares de Santiago.

En relación al marco temporal del estudio, 1930-60, se definió por dos razones: 1) teníamos la posibilidad de entrevistar sujetos de esa época, los que permitió producir registros orales que hicieran referencia a ese periodo con gente que lo vivió y tenía memoria de él, por sí mismos y sus padres, haciendo verosímil. Por otra parte, en ese periodo, Cartagena comienza su proceso de masificación social, desde un balneario de elite a uno de turistas de grupos medios y sectores populares de Santiago, merced a la nueva sociedad salarial del nacional desarrollismo y la reciente extensión del Ferrocarril del Estado a Cartagena (1921).

Uno de los desafíos que plantea esta investigación, que se pretende abordar en un siguiente estudio, es analizar si estas acciones de exclusión social que revisaremos más adelante, estaban avaladas por el Municipio, a través de decretos, ordenanzas u otras reglamentaciones. Lamentablemente, actualmente el Archivo Municipal no puede ser consultado directamente de forma pública puesto que, según se ha informado, no se encuentra catalogado, está en mal estado y con potenciales riesgos de salubridad para aquellos que lo visiten. Queda por tanto profundizar el análisis a través de un trabajo sistemático de revisión continua de la prensa local, para poder encontrar esa información, tareas arduas que se esperan concretar en otro trabajo.

2.2) Cartagena como Caso de Estudio

La comuna de Cartagena, creada en 1901, inicialmente formó parte del Departamento de Melipilla y, desde 1917, del Departamento de San Antonio, siempre en la antigua Provincia de Santiago. Desde 1974, con el proceso de regionalización, Cartagena queda ubicada en el área central de la Provincia de San Antonio, en la Región de Valparaíso.

En relación a su contexto histórico, el territorio donde se emplazará Cartagena, durante el siglo XIX sufre variados cambios. Este siglo es un periodo de consolidación de la agricultura chilena, más allá del decaimiento de esta actividad en los tiempos de la Independencia y post-independencia. Santiago, Valparaíso y el puerto de San Antonio, son

ciudades con procesos de incremento poblacional que requieren productos agropecuarios y marinos que proveen los sectores litorales. El área donde está Cartagena era el margen o deslinde costero de propiedades agrícolas, cuyas residencias patronales o las casas de los principales sirvientes estaban en el plano de valle, donde se podía controlar y trabajar más directamente en los espacios productivos, supervisando cosechas y cuidando ganados y deslindes. Lo que será el balneario, era más bien un espacio residual de aquel mundo rural.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, un Chile más consolidado económica y políticamente, las elites comienzan a adoptar prácticas socioculturales originadas en Europa y apropiadas en el continente. Estos grupos oligárquicos comienzan a incursionar en un ocio que los lleva a explorar la naturaleza y el litoral, cuando los prejuicios coloniales (de origen medieval) respecto de los miedos ante lo desconocido, las profundidades y los naufragios permiten apreciar y representarse las riberas marítimas de otra forma (Corbin, 1993). En ello tuvieron mucha importancia los primeros estudios de los higienistas que difundieron en el siglo XIX las bondades de las aguas minerales y marítimas, lo que dio la confianza para comenzar a hacer uso de las playas, primero frías y luego cálidas (Larrinaga, 2015: 69). Luego, las elites, con el tiempo y el dinero para ostentar un ocio hedonista y recreativo, descubren las riberas litorales para solaz y entretenimiento, prácticas que ya habían introducido grupos de inmigrantes de origen anglosajón en la primera mitad del siglo XIX (Both, 2002). Va operando así un proceso que se expresa con mayor fuerza hacia fines del siglo XIX, una nueva relación sociedad naturaleza, donde el recurso playa, se integra a las dinámicas económicas y culturales de la sociedad (y sus grupos oligárquicos), emergiendo lo que se ha denominado la cultura de la playa (Mantobani, 1997).

Hacia 1890 Cartagena ya era una de las zonas turísticas más solicitadas por la elite santiaguina, por su cercanía a dicha capital y al Puerto de San Antonio. En una primera etapa, de fines del siglo XIX a 1930, se origina y consolida el balneario, implicando un cambio histórico de alcances profundos, puesto que opera una transformación gradual, pero de carácter estructural, de la naturaleza y dinámica del asentamiento, configurándose nuevos usos y funciones: se emplaza una elite que construye inicialmente hoteles y también residenciales en estilos arquitectónicos de corte europeo, neogótico victoriano apropiado por arquitectos chilenos (Villamandos, 2004), densificando el núcleo aldeano, que se urbaniza progresivamente. Los grupos populares locales se transforman en proveedores de servicios y productos alimenticios, y un conjunto de hoteles, residenciales y restaurantes conforman la primera planta turística del sector, que atiende la demanda de temporada. En 1901, como corolario de este proceso de crecimiento urbano, el Estado le da la condición de comuna a la pequeña aldea de Cartagena. La llegada del ferrocarril a San Antonio en 1915 potencia aún más la condición del balneario, lo que se fortalecerá cuando en 1921 este mismo medio de transporte llegue a la comuna (Villamandos, 2004).

Desde la década de 1930, Cartagena y el litoral central sufren otras mudanzas de la mano de la densificación del poblado, la llegada de grupos medios y la habilitación de la carretera de la costa, lo que abre un flujo permanente de los primeros automóviles y transporte público motorizado, flujo que se irá engrosando en las décadas siguientes. El proceso de densificación y extensión de la mancha urbana de Cartagena continua con la construcción de viviendas individuales de propietarios ya no sólo de la gran elite, sino también, de una clase media acomodada que construía su segunda vivienda, y de sectores populares locales.

Todo ello lleva a que en Cartagena comiencen procesos de diferenciación social tanto en sus prácticas socioculturales como en la ocupación del balneario. La Playa Chica albergó a la elite que aún mantenía sus viviendas en el sector, la Playa Grande se constituyó en el centro veraniego de ingentes grupos medios y populares venidos desde Santiago en los cerca de 20 trenes diarios que llegaban a la comuna en el periodo estival.

Hacia las décadas de 1970 y 1980, tanto por las sucesivas crisis económicas y la llegada masiva de sectores populares de la Región Metropolitana, Cartagena cambia definitivamente su perfil socioeconómico, hacia un balneario de turismo masivo popular, debido a su cercanía a Santiago. Ya no quedan vestigios de la elite capitalina, la que ha migrado hacia nuevos destinos de sol y playa más exclusivos. Este proceso se volvió irreversible luego del terremoto de 1985, donde no se restauran las antiguas viviendas y la crisis económica cambia definitivamente el balneario (Portal, 2008).

Desde esa fecha hasta el presente se concibe a Cartagena como un destino turístico saturado, pero que sigue creciendo. Su población residente alcanza cerca de 25.000 personas, recibiendo a cerca de 350.000 visitantes diarios durante el verano, lo que pone en cuestión el modelo de ciclo de vida de un destino de Butler (Portal, 2008).

Como mirada global del proceso histórico de Cartagena, y para poner en contexto el presente trabajo, el balneario, pasa de ser un núcleo cuyo origen fundacional es protagonizado por las elites enriquecidas de la ciudad de Santiago, cuyo disfrute inicial, en el periodo de 1880-1930, gozan sin competencia social de otros grupos (los residentes permanentes prestan servicios a esta demanda estival), para luego pasar a un periodo de masificación y diversificación social creciente con la llegada de grupos medios y populares gracias al ferrocarril (1930-1960), y posteriormente pasar a un proceso de masificación y democratización social que se hace extensivo entre 1960 y 1970, que en las décadas recientes culminará en la popularización masiva del balneario, convirtiéndose por la cercanía en el balneario preferido por los sectores de menores ingresos de la Región Metropolitana.

La pertinencia de este estudio viene dada porque se sitúa justamente en el contexto temporal en que ambos grupos (elites y sectores populares) comienzan a interactuar en torno al balneario, y cómo la elite trata de conservar sus privilegios en el acceso a las mejores playas. Lucha que como sabemos, perderán, tomando la decisión de construir balnearios más exclusivos más al norte, en el mismo litoral central.

3. RESULTADOS

3.1) Turismo y sociedad en un espacio local: propietarios estivales, residentes permanentes y excursionistas.

El periodo que estamos estudiando, 1930-60, se caracteriza por la consolidación urbana de Cartagena. Junto a los palacetes que entre 1880 y 1920 le daban la apariencia de una Villa europea, hacia 1930 surgen construcciones en madera y concreto, varias de clase alta, pero otras para sectores medios acomodados. Hacia los contornos, los loteos de sectores populares de origen local también densifican la mancha residencial comunal.

El inicio del periodo estudiado coincide con el fin de lo que se denominó república oligárquica parlamentaria, y comienza, luego de la crisis de 1929 (que en Chile se expresa con más fuerza en 1931), el Estado nacional desarrollista o de compromiso social, con una vocación de industrialización y democratización del país, sobre todo en sus núcleos urbanos. En este periodo, Santiago creció tanto a nivel poblacional como en actividades económicas, recibiendo miles de familias de provincia que migraban hacia la capital, buscando un puesto en su bollante industria. La ciudad pasó de una población de 507.000 habitantes en 1920 a una de 1.907.378 en 1960 (De Ramón, 2007: 202).

En un Santiago que se industrializaba aceleradamente, se suceden grandes cambios sociales. Se amplía el segmento de los sectores obreros y de los grupos medios vinculados a los servicios (públicos y privados), transformando la fisonomía social y política, como la acción pública del Estado. En esta nueva sociedad salarial los trabajadores, ahora bajo el estatuto del contrato laboral, pueden acceder a bienes y servicios que en los inicios de la industrialización les estaban vedados (Castel, 2005). Uno ellos fue la posibilidad de veranear.

La extensión de la red ferroviaria fue vital en la ampliación del disfrute turístico del litoral. En efecto, la llegada del tren de Santiago a San Antonio en 1915 y de ahí a Cartagena (1921), permitió a grupos obreros desplazarse al menos por el día o el fin de semana al balneario. La cercanía a Santiago (hasta hoy día principal emisor de turistas para este balneario) y la existencia de un transporte regular y a precios razonables, fue la razón para que Cartagena desde 1930 se fuera convirtiendo en el gran destino de los sectores populares capitalinos.

Esta situación cambió radicalmente las dinámicas de las relaciones sociales entre los diversos grupos sociales presentes en Cartagena. Se distinguen en este periodo tres grupos definidos por su vinculación con el balneario (y sus respectivas posiciones en la estructura social): los propietarios estivales, los residentes permanentes y los excursionistas.

3.1.1) La elite capitalina: los propietarios estivales.

Los balnearios chilenos se conformaron históricamente hacia las últimas décadas del siglo XIX como lugares de higiene, ocio y veraneo para las elites. En el caso de Cartagena, estos grupos fundaron el balneario, primero al descubrirlo y construir los primeros hoteles, que sirven de jalones para el conocimiento y difusión del balneario. Después erigen fastuosas residencias, habitándolas en tiempos de verano, para luego volver a sus residencias habituales, donde estaban sus negocios y donde desenvolvían sus relaciones. El propio Vicente Huidobro fue uno de los primeros loteadores de sitios, al parcelar y vender terrenos familiares hacia 1912.

Las prácticas y representaciones socioculturales que despliega esta elite, aún bebe de las prácticas opulentas de la oligarquía novecentista. El acceso preferente y excluyente a recursos monetarios y crediticios, y la conducción de los ejes de la economía capitalista en expansión, hizo emerger a la ociosidad como una conducta social coherente con la condición de grupo hegemónico que gozaba de los privilegios de su posición, legitimado por un orden social y un sistema jurídico-político construido por su propia clase. La práctica del “buen tono” era una actitud que promovía el ocio fundado en el dinero, proveyendo conductas de consumo cultural y recreativo de bienes y servicios de uso simbólico (Barros & Vergara, 2007: 44).

Esas prácticas de los grupos de elite (siempre endógenos por lo demás), son reproducidas socialmente generando tradiciones familiares, ya que los hijos o nietos de esos primeros propietarios llegaban como niños y luego, como adultos, se hacían cargo de las casas, venían con primos, realizaban excursiones, comentaban sus experiencias en Santiago con familiares y amigos que se hacían una “idea” del balneario (y las prácticas propias de su grupo) la que fortalecían con sus visitas, etc. Es decir, son visiones recreativas, reposadas, distanciadas de la cotidianidad de los problemas locales, los cuales les importan sólo cuando alteran el normal desarrollo del veraneo (como las tradicionales faltas de agua potable, o la urgencia en la posta local). Pero al mismo tiempo, son prácticas sociales que despliegan su superioridad como grupo hegemónico respecto de aquellos otros grupos, a través de los cuales y por los cuales ejercen su dominio.

En este sentido, cuando hablamos de los propietarios estivales, nos referimos al grupo de personas que son dueños de residencias y terrenos en el balneario, pero que viven sólo en la temporada de verano y que mantienen una relación afectiva, recreativa y social con

la localidad, pero discontinua, y por lo tanto distinta a la de los residentes permanentes.

Como nos comentaba en la entrevista Luis Espinoza, “la riquería se venía el primero de enero y se iba a fines de febrero o principios de marzo. Era toda la temporada que la gente se venía”. Yolanda Zambrano nos comentaba a su vez, que traían hasta “colchones”. Son familias de antigua data en Cartagena, y que en las décadas que estudiamos ya son la segunda generación de aquellos fundadores, continuando con ese proyecto de vida de la segunda vivienda en el litoral.

3.1.2) Residentes permanentes: el pueblo de Cartagena.

Pero Cartagena, no quedaba solitaria en el invierno. Desde antes de la constitución de los balnearios a fines del siglo XIX, en todas esas localidades litorales existían comunidades de pescadores, pequeños propietarios, en general, sectores populares que fueron el soporte social, laboral, recursos iniciales para la concreción (y construcción) de los balnearios.

Existían conjuntos dispersos o aglomerados previos que atienden a procesos de crecimiento poblacionales de los siglos coloniales y al desarrollo de la economía rural del siglo XVIII. Lo Abarca, cerca de Cartagena, fue uno de los poblados más antiguos, centro aldeano, administrativo y religioso para el litoral, nucleando diversos servicios y actividades, en su ubicación estratégica en el antiguo camino real entre Santiago y Valparaíso. Desde ahí, sobre todo después del terremoto de 1906, salieron familias que fueron la mano de obra doméstica y de servicios que se instaló en Cartagena en sus inicios.

Cuando nos referimos a los residentes permanentes hacemos mención al grupo de habitantes que están todo el año en Cartagena. Son los que viven permanentemente en la localidad: los pescadores, los que lavan la ropa, los panaderos, los empleados de hoteles, jardineros, cocineras, empleados locales del comercio al detalle, maestros carpinteros y albañiles que construyeron y sirvieron a las residencias de las elites y que, año a año, desde septiembre realizaban los arreglos de las casas de los veraneantes, a quienes también proveían de agua de las vertientes cuando no había red de agua potable, y de productos agropecuarios para el consumo familiar. Todo un mundo social que comenzó a engrosar los sectores urbanos locales. Como nos comenta Yolanda Zambrano: “la gente se preparaba para el verano ya que en la temporada sacaban la platita para darse vuelta en el año”.

Este grupo, luego de consolidarse y crecer poblacionalmente, comenzó a desarrollar actividades autónomas respecto del régimen estival, aun cuando los principales ingresos del poblado seguían ligados a la temporada de verano.

Como veremos más adelante, este grupo, en lugar de desarrollar relaciones de solidaridad con los sectores populares que llegaban al balneario, tendieron a identificarse socialmente con el grupo hegemónico, siendo uno de los agentes de concreción de la estrategia de dominación de la elite.

3.1.3) Los excursionistas: los trabajadores en busca de sol y playa.

Con la llegada del Ferrocarril, primero a San Antonio (1915) y luego a Cartagena (1921), los fines de semana del verano un creciente número de visitantes comienzan a masificar el destino turístico, buscando playa, sol y diversión. Son trabajadores populares urbanos de Santiago, que gracias a la cercanía y la existencia del ferrocarril pueden viajar por el día, por ello, tanto en el glosario turístico como en la cultura local, se les denominó “excursionistas”, aquel visitante que no pernocta. A nivel socioeconómico, esto fue posible gracias a la consolidación de lo que se ha denominado la sociedad salarial, que permitió por la promulgación de leyes sociales, cierto nivel adquisitivo para los obreros vinculados al sistema industrial de trabajo.

Como comenta Juvenal Martínez, respecto del tránsito de estos excursionistas “eran cientos de familias que venían de la Estación, a Playa Grande, con sus canastos, mucha gente, mucha gente. Venía toda de Santiago, gente más humilde que se venía a bañar, a distraerse. Eran como veinte trenes diarios que venían de la capital”.

Es después de los años 30 del siglo XX, cuando los sectores populares comienzan a cultivar las prácticas turísticas, a copiar el disfrute de sol y playa de las elites, motivadas también por el propio Estado (y su red ferroviaria). En Argentina también aparecían las mismas prácticas populares (Roldán, 2009).

Estos grupos sociales, ante el uso social excluyente de la Playa Chica en torno a la cual se organizaba el centro social del balneario, fueron instalándose en la Playa Grande, extendiendo la ciudad hacia esa dirección. Ellos son los principales focos del ejercicio de la violencia simbólica que rastreamos.

3.2) Prácticas sociales turísticas, uso del espacio y violencia simbólica: de playas y carperos.

Los grupos que presentamos más arriba, puestos en relación, describen una serie de interacciones sociales donde se expresa la desigualdad de la sociedad en las formas de acceder a los espacios de recreación, imponiéndose restricciones que podrían ser concebidos como violencia simbólica. Relaciones entre residentes permanentes, propietarios estivales y excursionistas, en que se despliegan diversas estrategias y acciones en relación a la estructuración y legitimación del orden social (desigual).

Este balneario fue colonizado desde fines del siglo XIX como un espacio exclusivo de la elite capitalina. La elite es la que funda el balneario como tal, y lo funda como experiencia nueva en su uso turístico. Las playas, por lo tanto, en tiempos fundacionales, no son ni física ni socialmente disputadas por otros grupos, ya que esa franja litoral desde el punto de los grupos rurales tradicionales, era un espacio residual de las actividades agrarias.

Pero, cuando se inicia el proceso de masificación social en Cartagena, con la llegada de grupos obreros vía ferrocarril, la elite realizará acciones y instalará significados para mantener la mejor playa de uso exclusivo para sus familias y relaciones, motivo por el cual impondrá una violencia de tipo simbólico que legitimará sus prácticas, basadas en su poder social.

3.2.1) Imposición del orden social y la violencia simbólica en las playas de Cartagena

Las elites que fundaron Cartagena, son aquellas que imponen las prácticas sociales “legítimas” y el uso del espacio social en términos “apropiados”, en un doble sentido, por el poder social de las elites en tanto que tales, como por el poder instituyente de aquel acto fundacional.

Es en este marco que se nos vuelve útil el concepto de violencia simbólica que han elaborado tanto Bourdieu y Zizeck. Este concepto permite definir aquellas relaciones donde se impone una fuerza, un poder que emana de una relación social asimétrica, para producir condiciones de privilegio, desigualdad y distancias sociales, poder que se expresa ineludiblemente en el espacio social, instalando tramas impositivas, tanto a nivel simbólico como concreto. Es una violencia, pero una violencia que se impone simbólicamente, de forma sutil, invisible, sin ejercicio físico, material de la fuerza, pero sí de forma unívoca y desigual: “Todo poder de violencia simbólica, o sea, todo poder que logra imponer significados e imponerlos como legítimos disimulando las relaciones de fuerza en que se funda su propia fuerza, añade su fuerza propia, es decir, propiamente simbólica, a esas relaciones de fuerza” (Bourdieu 2012: 135).

Para Bourdieu la legitimación es uno de los núcleos centrales en la dominación compleja de un grupo sobre otros: “Legitimar una dominación es dar toda la fuerza de la razón a la razón del más fuerte. Esto supone la puesta en práctica de una violencia simbólica, violencia eufemizada y por lo mismo aceptable, que consiste en imponer significaciones” (Gutiérrez 2004: 292).

Es en este sentido que la imposición del tipo de veraneo de la elite en Cartagena, es que puede ser leído como violencia simbólica, ya que la lógica sociocultural del grupo dominante, se naturalizó y legitimó como la lógica social del conjunto del balneario. Las elites históricamente han desplegado estrategias de imposición de su ordenamiento

económico y cultural como legítimo, lo que implica una imposición de fuerza. Esa violencia simbólica se ejerce justamente cuando el poder no se ve, cuando se oculta en redes de normas, lenguajes y gestos que restituyen la sujeción desde otras vías.

El uso social del espacio se delimita por cuerpos que se despliegan interactivamente, pero que imponen prácticas y normatividades que dan paso a una violencia simbólica que produce legitimidades en un entorno cargado de conflictivas relaciones de fuerza.

Esta violencia simbólica se estructura desde la trama de significados sociales conferidos a las prácticas y representaciones, donde el lenguaje, las formas del discurso social dominante, configura el entramado de relaciones de dominación. El lenguaje y sus operatorias discursivas, de reglamentación, están en el origen de esas delimitaciones (y naturalizaciones), una voz que nombra, la voz que impone, la voz que objetiviza desde un poder asumido como legítimo, en nuestro caso, las elites fundadoras de Cartagena: "... lo que indica Lacan con su noción del discurso del amo como primera (inaugural, constitutiva) forma de discurso es que cualquier espacio de discurso "realmente existente" está basado en última instancia en una imposición violenta por parte del signifiante amo, que es sensu stricto "irracional": no puede basarse ulteriormente en "razones". Llegados a este punto, solo puede decirse que "el problema acaba aquí", momento en que, para detener el regreso al infinito, alguien debe decir: "¡Es así porque lo digo yo!". En este caso Levinas tenía razón al subrayar el carácter asimétrico de la intersubjetividad: en mi encuentro con otro sujeto no hay nunca una reciprocidad equilibrada. La aparición de la egalite está siempre sostenida en el discurso por un eje asimétrico de amo frente a esclavo, del portador de un conocimiento universal contra su objeto..." (Zizek 2009: 82). Esas operaciones en el lenguaje, para decir cómo se "comporta", cómo deber "veranear" la gente, es la elite que "inventó" el balneario. Se despliega una red de conceptos socioculturales que podríamos denominar del "buen veraneo", de una sociabilidad hegemónica, modos de comportamiento social y cultural que imponen los grupos dominantes. Como veremos después, la constitución legítima de estos significados del "buen uso social del balneario", esconde la construcción social del balneario como espacio de sociabilidad de un grupo particular. La sociabilidad recreativa de la elite es la única forma de concebir esa práctica turística, tanto porque —en esa época— no hay otros grupos que la disputen, como porque es esta elite la que inauguró y construyó el balneario. Ello, como lo dijimos, tenía una doble sustentación. Por un lado, el origen aristocrático del balneario, que legitimó esa práctica como la primera y exclusiva, y, por otro, el propio carácter hegemónico de la clase dominante que opera como una fuerza que impone un criterio de distinción y discriminación.

Aunque en sus primeras décadas el balneario fue de uso exclusivo de aquellos propietarios estivales que construyeron palacetes o arrendaban habitaciones por temporadas completas en hoteles, la llegada del ferrocarril primero a San Antonio y luego a Cartagena, diversificó

socialmente el uso del balneario, comenzando un encuentro de las elites fundacionales con sectores medios y obreros de Santiago.

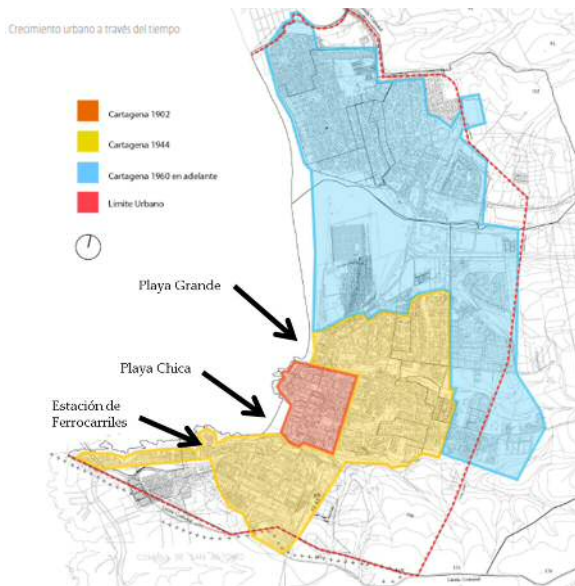
Las playas se convirtieron así en el campo de una disputa simbólica y social entre los grupos (elite y obreros) que vienen de fuera del balneario. Este espacio y sus dinámicas sociales son desde el inicio, ganados por las elites. Al final del periodo, en todo caso, deberán migrar derrotadas.

3.2.2) Las dos playas. Exclusividad oligarca y festividad popular en Cartagena.

Todas estas situaciones sociales se tradujeron en tensiones por el uso de las playas que operan en la evolución histórica del balneario, cuando se diversifica socialmente la composición de los grupos que van a Cartagena. La historia de poder y de distinciones sociales que hemos relatado, tiene un correlato concreto en el acceso social a la playa más cercana y de más calidad ambiental y paisajística.

En el plano que presentamos a continuación se observa que en el periodo de estudio Cartagena cuenta con dos playas bien diferenciadas: la Playa Chica y la Playa Grande.

Plano 1.



Fuente Giannini, Felipe (2011): «Centro de Artes Culinarias. Revitalización del Balneario de Cartagena», Memoria de Título, Arquitecto, U. de Chile.

La Playa Chica es la de arena blanca y está inmediata al núcleo urbano fundacional del balneario, donde se emplazaron los primeros hoteles, restaurants y desde donde se van construyendo las residencias de la elite. Esta Playa por tanto se constituye en "el" balneario de Cartagena, ya que la ciudad se restringía en su estructura urbana a ese núcleo, por lo que la playa más usada en términos sociales y de cercanía era la Playa Chica.

Potenciando esta centralidad urbana de la Playa Chica, la relación entre esta playa y la ciudad, estaba sustentada por la terraza, paseo que albergó las prácticas de la elite del periodo, paseos y conversaciones donde exteriorizaban sus lujos, familias y relaciones. Aumentando la relevancia de este sector, al ser una Playa más cerrada, contiene una dimensión de paisaje urbano costero de gran calidad, al permitir apreciar roqueríos, puntas arboladas y el frontis urbano fundacional del balneario.

En 1921, la llegada del ferrocarril a Cartagena, consolida un área residencial al poniente, potenciando la ubicación de la Playa Chica respecto de la ciudad y la Estación. La elite, desde ese año, cuenta con un medio de transporte seguro, rápido y cercano para llegar a su balneario.

La Playa Chica fue la primera playa de Cartagena, y sus usuarios principales y excluyentes, fueron los miembros de la elite que entre 1870 hasta 1920, usó sin conflictos ni disputas dicha Playa. En ese espacio desplegaba sus prácticas, y se reconocía tanto por sus relaciones, como por la forma de sociabilizar y comportarse. Las entrevistas realizadas a los habitantes locales de mayor edad, lo describen claramente, como lo demuestra Juvenal Martínez: "La Playa Chica era la playa de ellos, era la playa emblemática que tenían, incluso tenían hasta una Iglesia ahí abajo ellos, que en verano se abría..." En esa época, el único grupo social distinto a la elite era el de los residentes permanentes, pero que no disputaban el uso de ese espacio, sino que por el contrario, prestaban los servicios para que dicha elite lo usara en forma excluyente.

Hay un uso diferenciado del espacio, de las playas diferencias que se fundan en las diversas sociabilidades, en distintas dinámicas sociales del espacio. Zizeck (2009) lo pone en estos términos: "Uno de los aspectos que demuestran esta alienación es que la distancia esta entrelazada con el tejido de la vida cotidiana: incluso si vivo junto con otros, en mi estado normal los ignoro. No me está permitido acercarme demasiado a los otros, a los demás. Me muevo en un espacio social donde interactúo con otros obedeciendo ciertas reglas externas "mecánicas", sin compartir su mundo interior." (77).

Es el uso del espacio recreativo, la playa, donde las personas exteriorizan su forma de disfrute social y sus pautas de sociabilidad más privadas. Inscriben en esas prácticas, confianzas y solidaridades con los propios. Cartagena es espacio de un encuentro, siempre

desigual, entre diversos “prójimos”, lo que hace necesario recodificar acciones y prácticas a seguir con ese “otro”. Las elites, que detentan la historia y el poder “fundacional” de Cartagena como balneario, amplificando su hegemonía sociopolítica ya consolidada, desplegaron estrategias para distanciarse y separarse de ese “otro” (los pobres) en sus interacciones cotidianas.

Los obreros y en general los sectores populares que llegaban desde Santiago, a ojos de la elite, no podían invadir ni utilizar la Playa Chica, que era “su” playa, menos aún, con las prácticas del mundo popular, que junto con optimizar los recursos (llevan desde su lugar de origen canastos con alimentos) despliegan una sociabilidad festiva (consumo de alcohol, baile, canto, risas), altera las prácticas del “buen veraneo” de la elite. Lo cual era completamente injusto, violento en términos simbólicos, ya que la playa más cercana a la Estación (desde donde bajaban los obreros) era la Playa Chica, y en lugar de bajar a ese espacio, debían transitar más allá, a la Playa Grande.

Como la elite no podía impedir que los sectores populares usaran el ferrocarril para trasladarse desde Santiago a Cartagena, el mecanismo que usaron para seguir utilizando de forma excluyente la Playa Chica, fue impedir socialmente el acceso de los grupos populares a este sector. Para aislarse la elite del balneario, apoyada por los residentes permanentes, utilizan al menos dos estrategias para hacer uso exclusivo de la Playa Chica: la restricción a la comida y la discriminación visual.

Los sectores populares que venían por el día, para optimizar sus pocos recursos, usaban el ferrocarril y traían su propia comida, en canastos, bolsos en que además traían frazadas, ropa y otras cosas. Comían y bebían en la misma playa, cuestión que generó los primeros inconvenientes y conflictos con las prácticas habituales en aquel balneario tradicional. La comida, venía aparejada con brebajes de distintas gradaciones alcohólicas, de festividad y relajo. Se agregaba a este cuadro, que los desperdicios de todo tipo eran abandonados en plena playa.

Los obreros instalan unas desigualdades y sociabilidades que incomodan en el espacio público a los sectores oligárquicos, que buscan distinción y aislamiento, obstruyendo el normal desarrollo de lo propio, aquellas prácticas elitarias excluyentes y exclusivas. Según lo plantea Zizeck (2009): “Puesto que el prójimo es —como Freud sospecho hace mucho tiempo— una cosa, un intruso traumático, alguien cuyo modo de vida diferente —o, más bien, modo de goce materializado en sus prácticas y rituales sociales— nos molesta, alguien que destruye el equilibrio de nuestra manera de vivir y que cuando se acerca demasiado puede provocar una reacción agresiva con vistas a desprenderse de él” (76).

Los entrevistados destacan, en su mayoría, un elemento que distinguía al excursionista de los otros usuarios de las playas, artefacto que se convirtió en símbolo de su distinción/discriminación en relación a la comida: el canasto. Comenta don Luis Espinoza en la entrevista: “los excursionistas bajaban en cantidad a la Playa Grande. Venían todos, sus familias, con los canastos con comida, con su vinito, y cómo en la Playa Chica no podían comer, siempre se iban a la Playa Grande, ahí estaban más a gusto”.

Los otros son posibles de ver en el espacio social. Son cuerpos discriminables, identificables, con su canasto, seña exterior del "excursionista", en el cual traían panes, vinos y ropas. Aquellos excursionistas transitan con sus ropajes desgarrados o, al menos, no de sastres, con sus “crías”, y con ese bullicio de la alegría popular por llegar a divertirse. La sociedad despliega una realidad en que se imponen significaciones que totalizan la discursividad de un espacio, lo marcan en una arquitectura de la sociabilidad, no sólo de lo correcto, sino de lo existente, de lo tradicional, de aquello que no es posible de subvertir. Luis Espinoza lo expone con claridad: “Siempre vino gente de mediana clase, porque, porque el tren traía gente de los turistas. Porque antes había uno o dos buses nomás... el tren era el que realmente traía las personas, entonces llegaba también gente de mediana clase. Entonces la gente antigua (hace mención a la elite) era muy astuta, porque no se podía relacionar con gente que se daban cuenta que era de otra calidad de vida. Ellos tienen otra costumbre y la gente de bajos recursos tienen una costumbre diferente. Como que sentía vergüenza de estar en esa playa, y generalmente que pasaba que traían sus colaciones, el cocaví... era prohibido entrar a la Playa Chica con cocaví... la diferencia se notaba, cómo se llama, en la gente que llega, que tenía un perfil diferente a uno, uno a la legua los ve”.

Aunque, Luis Espinoza, que fue funcionario Municipal en la década de 1960, momento en que el balneario ya se democratizaba, nos comentaba que este propio órgano local era el que trataba de resguardar este espacio para el uso de las elites a través de normar las prácticas como el de la comida: “El municipio no quería que se hicieran picnic en la Playa Chica como para conservar un poco el turismo como seleccionado, que lo que pasaba que en la calle principal, estaba toda la cadena hotelera, entonces querían marcar un poco la diferencia...”.

En relación a la discriminación visual del otro, la disposición geomorfológica del balneario de Cartagena hizo que aquellos grupos populares que bajaban hacia el balneario desde la Estación de Ferrocarriles, pudieran ser fácilmente observados por aquellos bañistas de elite de la Playa Chica, y luego debían seguir por la terraza (el gran espacio público del sector), por lo que la sonajera, el bullicio, el gentío popular debió estimular no pocos gestos de desaprobación o discriminación por parte de la “gente bien”.

Ambos grupos eran visualmente identificables, ya que se exteriorizan las condiciones de clase desde las vestimentas, gestos y actitudes: "... esta identificación de "los otros" se da a partir de un conjunto de características estigmatizables (color de piel, cabellos, formas de caminar, vestimenta) donde no son las características en sí las que generan el estigma, sino que se valoran de manera desigual según sea la clase a la que se pertenezca; así el sistema de apreciaciones y valoraciones a las que remiten son las que generan el efecto estigmatizador y el consecuente enclasmamiento" (Aréchaga, 2011: 3).

Estos cuerpos en interacción en los espacios públicos influyó en la forma en que las elites trataron de mantener la exclusividad en el acceso a la Playa Chica. Como lo afirma Richard Senett (1997) en un texto clásico: "las relaciones espaciales de los cuerpos humanos determinan en buena medida la manera en que las personas reaccionan unas respecto a otras, la forma en que se ven y escuchan, en si se tocan o están distantes" (p. 19).

Opera una discriminación intercorporal, de gestos, de complicidades, de miradas, que hacen que al espacio propio, la Playa Chica, solamente accedan a aquellos que comparten conductas, relaciones, formas. Las prácticas populares (gritar, cantar, beber) no son posibles de exteriorizar en el espacio público de la Playa. En ese lugar se han legitimado como válidos para todos, las prácticas y formas de unos pocos. El relato de Juvenal Martínez lo establece claramente: "No es que alguien dijera usted no puede entrar, pero era como obvio. La gente de la Playa chica, que tenía más educación, era más ordenada, no se mezclaba, quería estar tranquila. Como que había incomodidad, por ser, si alguien se ponía a gritar a o cantar, y anda más o menos pasadito (ebriedad), se le miraba feo, cuando pasaban de vuelta pa'l tren". Eso que Juvenal relata como "obvio", era la imposición de un orden social, de una fuerza social instalada como legítima, aceptada por todos como normativa.

En esta imposición sutil de la violencia simbólica, de la prohibición social de comer en la Playa Chica y de la discriminación visual en su acceso, mantuvo por varios años, no sin tensiones, a esta Playa como de uso exclusivo de la elite. Los sectores populares quedaron relegados entonces a la Playa Grande. Esta playa estaba hacia el norte de la Playa Chica, separada por un complejo de roqueríos, que permitían delimitar claramente, en términos físicos y visuales, un espacio de otro. Para ir desde la Estación de Ferrocarriles a la Playa Grande, se debía transitar por terraza, la que iniciaba con una estructura bien delimitada y asfaltada, pero que en esa dirección se iba convirtiendo en una huella de tierra.

Aquel lugar era el espacio de los otros, la playa que aglutinaba a masas cada vez más grandes de personas, donde, a ojos de la elite, lo informe, lo inculto, lo inmoral, lo rústico, en fin, lo popular, se desplegaba a sus anchas sin restricciones. Era lo que en Rosario, se denominó con la expresión de la "incultura" popular, reverso de lo culto (oligarca), en la Argentina de entreguerras (Roldán, 2009: 686).

Como nos lo describía en una entrevista Yolanda Zambrano: "... en la Playa Grande era un jolgorio grande, llegaban camiones con gente de Santiago además de los que venían en el tren. Eran muchas familias, y la gente de acá de Cartagena, había algunos que hacían fletes con carretillas para llevar los bultos y cosas que traía la gente. Ahí sí que corría vino, después hasta vidrios quebrados había en la playa. Hasta sus "necesidades" hacia la gente ahí".

La constitución social de dos playas, la Chica y la Grande, de forma excluyente y exclusiva, para dos grupos sociales diferentes, habla que en ese espacio recreativo de las prácticas turísticas que iniciaban en Chile, aparece -de forma sutil y en otros casos violenta (en términos simbólicos)- las desigualdades de la sociedad y la imposición del orden social de aquella sociedad, en el que el peso de las tradiciones y las jerarquías sociales pesaban aún.

La lógica social del poder económico, político y cultural de las elites, se impone para aislarse y no relacionarse con el resto de la sociedad en ese espacio de disfrute social público que son las playas. Por la concreción de la historia de las prácticas del balneario, se instituyó a la Playa Chica, como "la" playa del balneario. Cuando el contexto socio-demográfico va cambiando, y se va masificando el balneario, las elites se aferran a esa tradición y a través de la sanción social y la prohibición de comer en dicha playa, pero también de la delimitación precisa de los espacios sociales, se restringe el acceso y las prácticas posibles en esa playa, relegando a los sectores populares a la Playa Grande. La elite se impone en la Playa Chica, y relega más allá de la frontera física y visual a los sectores populares.

3.2.3) Los residentes permanentes y la reproducción del orden social

Cierta antropología del turismo ha basado su atención en la relación entre el turista y el nativo, o el local, y de cómo las imágenes que llevan los turistas al destino influyen en las poblaciones locales y en las prácticas que adoptan para atender a estos turistas, y así "atraer" a nuevos turistas, respecto de ese análisis, se ha tendido a focalizar la relación en dirección turista-local, de cómo influye el turista sobre el nativo, y no al revés (Salazar, 2006: 108).

Sin embargo, este estudio trata de poner el foco en las relaciones de poder y fuerza en una sociedad de clases: el uso de la playa por parte de las elites y su imposición de uso de otra playa por parte de los obreros. Pero en este caso, los residentes permanentes, no fueron neutrales en este juego de poder para la utilización de los atractivos turísticos.

Menor en términos de número, los residentes permanentes ofertaron servicios de todo tipo a ambos grupos, y en esas interacciones fueron testigos de estas discriminaciones.

De hecho, todos nuestros entrevistados son residentes permanentes, quienes dejan en evidencia los problemas de la memoria social para designar esas situaciones. Se tiende a naturalizar las desigualdades socialmente construidas, sobre todo en los residentes permanentes, aquellos habitantes locales que, por razones económicas y de admiración, se subordinan “positivamente”, en la práctica de forma voluntaria, a los grupos de elites locales.

Luis Espinoza describe las formas en que ellos, como residente locales, usaban la Playa Chica: “No había discriminación porque la misma gente optaba, para estar más cómodo estar con sus pares, porque, si hacía algo indebido, nadie lo iba a mirar por último... ellos (la elite) tenían su sector y uno no se acercaba para ese lado, como para el lado sur, porque para el norte, como para el Hotel Continental, como que las arenas eran más limpias, porque en el fondo había como un desagüe y corrían las aguas, entonces ese sector la gente lo ocupaba para ese lado porque se sentía mejor”.

Es decir, la “riquería”, como el mismo la designaba, usaba el lugar de mejores arenas, donde no estaba el desagüe. Y ellos, como niños, aunque podían entrar a la Playa Chica, ya que no andaban con los característicos canastos de los excursionistas, ocupaban el lado del desagüe, donde estaban con sus pares y nadie los molestaba. Se logra el objetivo de la dominación simbólica, de que se acepte como válido, una imposición injusta de la fuerza de una clase sobre otra.

Es interesante ver la posición de los residentes permanentes. Ellos, miembros del mundo popular tienden a identificarse con los propietarios estivales, la elite, en lugar de establecer cierta solidaridad de clase con los excursionistas, con quienes compartían su posición en la estructura social.

Los dominados reproducen, naturalizadamente, la imposición de posiciones asimétricas en el espacio social. Relaciones de fuerza que son igualmente violentas, legitimando un orden social constituido en la desigualdad, haciéndose cómplices de su propia dominación. Esto sucede con los residentes permanentes, respecto de los propietarios estivales de elite y excursionistas populares, ya que según varios relatos, son ellos quienes legitimaban el uso diferenciado de las playas.

El papel de los carperos, los dueños e instaladores de carpas, se convierten en los operarios de las fronteras simbólicas del ejercicio de la violencia en el uso discriminador de la Playa Chica. En efecto, su sustento económico venía dado por el arriendo de carpas a esta elite, por lo mismo, eran cerca de 5 o 6 familias las que controlaban el negocio. Es en este campo, donde ellos se convertían en los que ejercían el control social de la playa, concretizando la violencia simbólica del uso del balneario.

En la entrevista de Juvenal Martínez se establece el rol y actuar de los carperos frente al mundo popular: “algunas veces los mismos carperos echaban a los excursionistas, ya que ellos debían cuidar la pega, y desde la mañanita temprano armaban sus carpas y las arrendaban. Eran pocos los carperos, por eso eran cuidadosos con la gente que entraba... Ellos mismos seleccionaban la gente”.

Los carperos, con la intención de mantener su negocio (que debió generar no pocas ganancias), se convertían en los agentes delegados para operar la violencia simbólica (y territorial) en el uso del espacio de la Playa Chica.

4. CONCLUSIONES

Estableciendo algunas reflexiones finales, podemos observar que el uso social de las playas estuvo delimitado por diversos criterios, dispositivos y actores que legitiman un orden social que siempre pone en relación poder y fuerza, violencias simbólicas, reflejos de un campo social donde los actores pugnan por imponer significados y prácticas excluyentes. Son relaciones asimétricas, que se naturalizan en los propios residentes permanentes, grupos populares que contribuyen a legitimar y reproducir el sistema social, y de paso, someterse alegremente a estas relaciones arbitrarias.

La elite fundacional y sus descendientes, aún en este periodo, despliegan capacidades para “hacer creer” la legitimidad de su autoridad social, como gente “educada”, “visionaria”, invisibilizando la fuerza con la que instalan un orden desigual, poder asumido desde su disposición como sistema de relaciones. La prohibición de comer, junto con mantener cierto aseo de las playas, también cumple la función de vedar el acceso a los grupos obreros, que no podían sino comer en la playa, ya que por la tarde debían retornar a Santiago.

Como no hay relaciones de sujeción laboral, ya que sus haciendas, minas, bancos, están en otros lugares, se usa el poder de la cultura y de la sofisticación social como tecnología para instaurar un sometimiento desde las prácticas sociales y la violencia simbólica. Su poder social y cultural, se refuerza a nivel local a través de la compra de productos y servicios a los residentes permanentes, cuya sustentación económica depende de esos propietarios estivales, lo que los hace aliados (serviles) en la constitución del balneario como espacio de exclusivo placer oligárquico.

Es un poder que se ejerce societalmente, sutilmente, una violencia simbólica que se administra justamente cuando el poder no se ve, cuando se oculta en redes de normas, lenguajes y gestos que restituyen la sujeción social desde otras vías. La delimitación del uso de las Playas, se convierte así en una escuela al aire libre del sometimiento simbólico de clases, donde una violencia asumida como positiva por los residentes locales (populares),

no sólo no genera solidaridad con los excursionistas excluidos de usar la mejor playa, sino que estimula a que algunos de ellos se transformen en verdaderos agentes que ejercen la fuerza de ese orden arbitrario y desigual (los carperos).

Al final del periodo en estudio, cambia el paisaje social, y por la masividad de los cuerpos y prácticas populares, los sectores altos emigran a otros destinos. La democratización social y política del país es correlativa con el incremento de los sectores obreros en Cartagena. De hecho, sindicatos y cooperativas compran antiguos palacetes para convertirlos en residencias colectivas de veraneo. La necesidad de la elite de mantenerse aislada en esos momentos de ocio, como la creciente y masiva llegada de sectores populares, fue haciendo que los grupos acomodados migraran a construir o consolidar balnearios hacia el norte.

Eso ¿terminó con la violencia simbólica? Quizás en parte. Aún hoy, fruto también de los problemas de seguridad ciudadana y de desperdicios, es posible oír a un segmento significativo de los residentes permanentes, clamar por aquella época gloriosa del "buen veraneo" de la elite, incluso llegando a sostener que sería necesario discriminar indirectamente a los veraneantes que llegan a Cartagena, en base a subir los precios, y así esperar a turistas de alto gasto (con aquellas prácticas decorosas).

Actualmente, en otros balnearios exclusivos del país, también se pueden observar estas normativas sociales y municipales, que tienen no sólo a impedir prácticas que se juzgan nocivas para el balneario, sino que también están dirigidas a mantener cierta "homogeneidad" social de sus ocupantes. Chile, más allá de sus avances, sigue siendo una sociedad altamente desigual.

5. Bibliografía

Aguirre, Carlos (2004). La historiografía en el siglo XX. Historia e Historiadores entre 1848 y ¿2025?. Madrid: Montecinos.

Aréchaga, Ana (2011). El Cuerpo y el Espacio Social. *Question. Revista Especializada en Periodismo y Comunicación*, Vol 1, N° 31. Disponible en: <<http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1210/1090>>. Recuperado en septiembre 2014.

Barros, Luis y Vergara, Ximena (2007). El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900. Santiago: Lom. 2° edición.

Barros, Álvaro (1987). Historia del Turismo en Chile. Boletín Técnico No 6, Cuadernos Turísticos - Serie Boletín Técnico, Servicio Nacional de Turismo Chile.

Booth, Rodrigo (2002). El Estado Ausente: la paradójica configuración balnearia del Gran Valparaíso (1850-1925). *EURE*, v.28 (n.83), pp. 107-123.

Bourdieu, Pierre y Passeron, Jean-Claude (1996). La Reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza. Ciudad de México: Fontamara.

Bourdieu, Pierre (2012). Intelectuales, política y poder. Buenos Aires: Clave intelectual.

- Burke, Peter (1993).** La Revolución Historiográfica Francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989. Barcelona: Gedisa.
- Cáceres, Gonzalo; Sabatini, Francisco; Booth, Rodrigo (2002).** La suburbanización de Valparaíso y el origen de Viña del Mar: entre la villa balnearia y el suburbio de ferrocarril (1870-1910). En E. Pastoriza (Ed.), Las puertas al mar: consumo, ocio y política en Mar del Plata, Montevideo y Viña del Mar (p. 33-50). Buenos Aires: Biblos.
- Canales C., M. (comp.) (2006).** Metodologías de investigación social. Santiago de Chile: LOM.
- Canihuante, G. (2005).** Turismo en Chile. Paisajes y culturas del pasado, presente y futuro. La Serena: U. de la Serena.
- Castel, Robert (1995).** Las metamorfosis de la cuestión social. Crónica del salario. Buenos Aires: Manantial.
- CITYP-PUCV (2015).** Plan de Desarrollo Turístico de la Comuna de Cartagena, financiado por el Gobierno Regional de Valparaíso, Cartagena.
- Corbin, A. (1993).** El territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa, 1750-1840. Barcelona: Grijalbo-Mondadori.
- De Ramón, Armando (2007).** Santiago de Chile. Historia de una sociedad urbana. Santiago: Catalonia.
- Gutierrez, Alicia (2004).** Poder, hábitos y representaciones: recorrido por el concepto de violencia simbólica en Pierre Bourdieu. Revista Complutense de Educación, Vol. 15, N° 1, pp. 289-300.
- Geyser, Margel (2001).** Para que el sujeto tenga la palabra: presentación y transformación de la técnica de grupo de discusión desde la perspectiva de Jesús Ibáñez. En Tarrés, M. L. (2001). Observar, escuchar, comprender. México: Porrúa.
- Larrinaga, C. (2015).** De las playas frías a las playas templadas: la popularización del turismo de ola en España en el siglo XX. Cuadernos de Historia Contemporánea, 2015, vol. 37, pp. 67-87.
- Mantobani, J. (1997).** Notas sobre el problema de la creación de los primeros balnearios argentinos a fines del siglo XIX. Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. N° 11, 1 de diciembre de 1997. Recuperado en abril 2016.
- Moradiellos, Enrique (2009).** Las caras de Clío. Una introducción a la historia. Madrid: Siglo XXI.
- Pastoriza, Elisa (2002).** Turismo social y acceso al ocio: arribo a la ciudad balnearia durante las décadas peronistas (Mar del Plata, 1943-1955). En E. Pastoriza (Ed.), Las puertas al mar: consumo, ocio y política en Mar del Plata, Montevideo y Viña del Mar (p. 89-116). Buenos Aires: Biblos.
- Pastoriza, Elisa (2011).** La conquista de las vacaciones. Breve historia del turismo en la Argentina. Buenos Aires: Edhasa.
- Portal Valenzuela, Belfor (2008).** Efectos del Impacto Ambiental causado por el Turismo Social en el Borde Costero. Cartagena, V Región, Chile. Revista Contribuciones Científicas y Tecnológicas, N° 60, pp. 60-71.

Revel, Jacques (2005). Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social. Buenos Aires: Manantial, 2005.

Roldán, Diego (2009). Imágenes, juegos, rituales y espacios. Las Interacciones socioculturales entre elites y sectores populares durante la entreguerras. La incultura en Rosario (Argentina). Revista HISTÓRIA, U. de São Paulo, Vol. 28, N° 2, pp. 683-714.

Senett, Richard (1997). Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental. Madrid: Alianza.

Universidad Central de (2010). "Expediente Técnico para la Declaración de Zona Típica, Barrios El Quirinal y el Vaticano, Comuna de Cartagena. Fondo BID para la Protección del Patrimonio", Santiago 2010.

Villamandos, Rodrigo 2004. El patrimonio arquitectónico y urbano de Cartagena. Revista Urbano, N° 10, pp. 90-92.

Zizek, Slavoj (2009). Sobre la Violencia. Seis reflexiones marginales. Buenos Aires: Paidós.

Salazar, Gabriel (1985). Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena en el siglo XIX. Santiago: Sur Ediciones.

Salazar, Noel (2006). Antropología del Turismo en Países en Desarrollo: Análisis Crítico de las Culturas, Poderes e Identidades Generados por el Turismo, Revista Tabula Rasa, No.5: Bogotá, Colombia, pp. 99-128.